

José María de Areilza, Aspectos de la unificación europea

Leyenda: Ensayo de José María de Areilza, Embajador de España en París, sobre el futuro del proceso de integración europea en materia de unificación política y militar, así como las posibilidades que abre la adhesión de Gran Bretaña como tradicional interlocutor con Estados Unidos.

Fuente: España. Ministerio de Cultura. Archivo General de la Administración, caja 54/16413.

Copyright: Ministerio de Cultura

URL: http://www.cvce.eu/obj/jose_maria_de_areilza_aspectos_de_la_unificacion_europea-es-13ae941a-8087-46e5-9e5b-094978076799.html

Publication date: 20/02/2014

ASPECTOS DE LA UNIFICACION EUROPEApor José María de AREILZA

"Los problemas políticos, escribía Bainville, nunca se resuelven del todo. Siempre queda un rescoldo final por donde puede volver a iniciarse el conflicto". Pensaba en esta reflexión, tan justa y tan olvidada, del gran escritor francés, escuchando estos días a una ilustre personalidad británica exponer sus puntos de vista y sus reservas sobre el mercado común y la última fase de las negociaciones para la entrada de la Gran Bretaña en la Comunidad Económica europea.

¿Se superarán las dificultades para el ingreso británico en la Europa de los Seis? ¿Habrán margen suficiente de concesiones mutuas para hacer posible esta incorporación? Personalmente, mi interlocutor estimaba que sí. Entendía que por encima de las objeciones de ciertos miembros del Commonwealth y de las exigencias de la política electoral inglesa, el Reino Unido no debía quedar a la saga del gran ensayo político y económico que el Mercado Común representa. "Además de significar un paso considerable en el largo camino de la ^{unidad} ~~unidad~~ continental -decía mi amigo- la C.E.E. ha sido un enorme revitalizador del cuerpo europeo, en orden a la producción industrial. No se puede hablar ya de un milagro alemán o italiano, sino de una ^{unidad} ~~unidad~~ pública europea conjunta, manifestada en estadísticas, en resultados, en aumentos impresionantes de riqueza, de renta nacional, de nivel de vida, que cualquier observador puede comprobar viajando de Bruselas a Milán, o de Dusseldorf a París, sin prejuicios, y sencillamente, con ánimo de enterarse".

Es difícil, en efecto, que el buen sentido británico no acabe por imponerse, asociándose al Mercado y a su ventura. Práctico es unánime y el partido mayoritario suple desde hace años

bablemente, de ocurrir así, una gran expansión económica puede predecirse para la industria de la Gran Bretaña y para sus empresarios en general. Asociaciones de grupos similares o paralelos se irán estableciendo con mayor firmeza entre los fabricantes de la isla y del continente. Y al cabo de pocos años, el engranaje de la integración europea habrá ganado una rueda más, esencial esta vez, para su objetivo final de unidad occidental.

Creo que fué el General De Gaulle el que, hablando un día sobre el Mercado Común, lo llamó, acertadamente, la infraestructura de Europa. Sobre ella, irá montándose, más lentamente, la edificación política. Hacer una reducción de tarifas arancelarias es más sencillo, en definitiva, que sacrificar en el altar de la ^{unidad} amistad supranacional las parcelas del poder político que detentan celosamente Gobiernos, Parlamentos, sindicatos y partidos. Y, sin embargo, esa tendencia es inevitable y ha arraigado en la conciencia de las nuevas generaciones mucho más de lo que se piensa. Se adivinan ya ciertas formas de estructura colectiva a las que la simplificación política de gran parte de la Europa occidental ha de ayudar decisivamente. Los sistemas de ordenación de la cosa pública van tomando, en efecto, aire de semejanza en la orientación general. Se trata de limitar los nocivos efectos del multipartidismo, reduciendo a pocas grandes agrupaciones, la polarización de las opiniones públicas: dos, o a lo sumo, tres. Tal es el caso de Alemania, Gran Bretaña, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Podríamos añadir a esta lista los "neutrales": Suiza, Suecia y Austria y el resto de los países escandinavos. Donde todavía hay multipartidismo, como en Francia o en Italia, tiene lugar una corriente de reforma, unas veces empujada por el Ejecutivo, como en la Vª República francesa en trance de modificación; otras, como en Italia, donde el diagnóstico es unánime y el partido mayoritario suple desde hace años

los inconvenientes del sistema con su autoridad y sus votos.

En estos dos últimos países hay ^{todavía} fuertes minorías comunistas. De hecho, se encuentran desplazadas de toda combinación de poder. En el resto de los países europeos mencionados, puede decirse que el comunismo electoral o parlamentario apenas existe. El propio marxismo como dogma ideológico ha sufrido tal mutación en el seno de los partidos socialistas europeos actuales que sus fundadores no los reconocerían. El socialismo, alemán, francés o británico, es hoy en Europa, un elemento ^{activo} anticomunista. La revisión implacable del programa del socialismo germano a los cien años de su nacimiento es uno de los hechos más importantes de la historia política de la post-guerra. El libro reciente de Pierre Mendès-France sobre la República moderna, es no menos resonante en su radio de acción específico. Gran parte de las reformas estructurales que Mendès-France propugna para el Estado son, en realidad, la expresión de un conservatismo dinámico y reformista.

Pero si este futuro edificio de la unificación política de Europa se adivina ya entre las brumas del mañana, cabe pensar si a esta construcción federativa, o confederal, no le será también precisa su correspondiente potencia militar. Si Europa ha de hacerse, tendrá forzosamente que luchar por su destino. Bien está la infraestructura económica en trance de florecimiento expansivo. Cuando llegue a cuajar en realidades tangibles, los órganos políticos de gobierno y legislación traducirán la voluntad popular colectiva de los países integrados. Pero ¿y la fuerza protectora que deje esta joven y poderosa Comunidad al abrigo de las amenazas soviéticas y comunistas?

Para esto está la NATO, se nos dice. ^{Pero} La alianza atlántica, imaginada hace muchos años como escudo defensivo de la Europa por la Alianza atlántica, y, en realidad por las armas atómicas

./.

destrozada y prácticamente indefensa de la post-guerra, ¿será suficiente como ^{instrumento} ~~concepción~~ estratégica para hacer frente a los problemas de hoy y de mañana?

Los postulados de la alianza atlántica se basaron al fundarse ésta, en 1949, en la posesión exclusiva por los Estados Unidos, de las armas atómicas y nucleares. De ahí los términos de "contención estratégica"; de "fuerza de disuasión"; de circundar a la Rusia soviética con bases aéreas y navales, en que se apoyó la diplomacia de Occidente y, especialmente, la de John Foster Dulles en la década de los años cincuenta.

El nuevo hecho de que los soviéticos poseyeran, a partir de 1952 o 53, armas nucleares y cohetes y satélites tan perfeccionados como los de los Estados Unidos, en su arsenal militar, cambió esencialmente el concepto estratégico global y dió lugar al equilibrio atómico o empate del terror, idea que se halla ya aceptada por unos y otros aunque muchas de las viejas ideas y fórmulas sigan utilizándose por inercia mental a la que tan dados somos los humanos. El poderío de las nuevas armas es una potencia compartida. He ahí el punto neurálgico de la política internacional de hoy. En las partidas de ajedrez de la guerra fría, esa realidad domina todos los demás factores. En cuanto un conflicto local o restringido se acerca a la temperatura peligrosa, juega el valor entendido de la balanza del poder nuclear y del temor a sus consecuencias. Así ocurrió en Suez y así ha ocurrido en Cuba, para traer a colación dos ejemplos bien diversos.

Pero esta limitación de la conducción de la guerra-fría en sus grandes líneas, a los poseedores de las armas nuevas que son en realidad dos potencias mundiales, elimina de la escena, como protagonistas, al resto de los países, alineados o neutrales. Así, la Europa, en trance de formación, protegida hasta la fecha por la Alianza atlántica, y, en realidad por las armas atómicas

de los Estados Unidos que suplen la carencia de los efectivos convencionales que serían necesarios para contener un ataque desde el Este, ¿no tendrá necesidad, el día de mañana, de poseer hasta un cierto grado la capacidad autónoma de poder nuclear que le permita afirmar una política? Hasta hoy la legislación norteamericana es restrictiva y rígida para el uso y la disponibilidad de estos nuevos ingenios de fuerza y aún de los secretos que conducen a su fabricación. El temor a la irresponsabilidad, y el deseo legítimo de llegar a una restricción en la carrera de esos armamentos, hace desear a sus actuales poseedores que el número de miembros del "club" nuclear no se extienda. La Unión Soviética no ha hecho -según parece- a China concesiones en este terreno. Las que los Estados Unidos haya realizado en favor de Gran Bretaña, son moderadas y pertenecen más bien al campo de la investigación. Aparte de ello, el Reino Unido es hoy una potencia nuclear indiscutible con muchos años de experiencia en la materia y realizaciones concretas en el terreno de las armas atómicas.

La crisis de Cuba ha demostrado a los gobernantes europeos que llegado el momento crucial, el "poker" nuclear se juega -con todas sus consecuencias- por los que poseen las cartas. A lo sumo, se informa, pero no se consulta, a los aliados. Y ello por razones prácticas de secreto, de rapidez, de seguridad militar explicable. Pero, se preguntan algunos de estos hombres de Estado, ¿si los intereses vitales de Europa estuvieran en juego, como lo estaban los de los Estados Unidos ^{ante} en la amenaza cubana, el convite se hubiera producido con igual firmeza o corriendo el mismo riesgo?

Es difícil responder a esta cuestión en la que habría demasiadas circunstancias determinantes que se desconocen. Pero lo cierto es que la idea lanzada por el Presidente De Gaulle hace algún tiempo, de elaborar su propia fuerza militar de disuasión, es decir su pequeño arsenal atómico francés, se mira hoy con cierta

benevolencia y mejor acogida que cuando se inició, por parte de sus asociados en la C.E.E.. Y hasta es posible que un entendimiento franco-inglés en la materia, una vez ingresada Gran Bretaña en la Comunidad, haga avanzar con pasos rápidos la idea de dotar a Europa ^{de} una capacidad nuclear autónoma propia que se integrara normalmente con el inmenso poderío de los Estados Unidos, pero con su responsabilidad independiente en casos específicos.

Ello supondría una revisión a fondo de la organización de la NATO. Y también, naturalmente, una superación hábil del difícil obstáculo del rearmamento atómico de Alemania, problema delicado y manzana auténtica de discordia entre Este y Oeste que todos tienen presente y nadie quiere mencionar.

"Y los Estados Unidos: cómo verían una tendencia de Europa hacia la unificación política y militar con posibles autonomías en el terreno atómico?" me preguntaba ayer un incisivo periodista francés maestro en problemas internacionales. "No cree usted que ciertos recelos existentes se aumentarían? Aquí es, le repliqué, donde, a mi juicio, entra en juego, con toda su trascendencia, la entrada de la Gran Bretaña en el club continental. Este ingrediente nuevo^s cargado de sabiduría política, llevará a la vieja Europa agitada todavía por muchas pasiones, un factor de estabilidad. En Washington, se cuenta mucho sobre este elemento. No en vano, en la Casa Blanca, hay desde hace ya muchos años sobre la mesa del Presidente una línea telefónica que liga directamente con el huésped de Downing-Street. Y la hermandad anglosajona ^{como se sabe} es uno de los cimientos básicos del mundo libre.